

# **DIVORCIO ALTAMENTE CONFLICTIVO: SALVAGUARDANDO EL BIENESTAR DE LOS HIJOS**

---

***Autora:*** Patricia Caballero Casado

***Tutor:*** José Navarro Góngora

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



**VNiVERSiDAD  
D SALAMANCA**

***Facultad de Psicología***

**11 de septiembre de 2015**

## **DECLARACIÓN DE AUTORÍA**

*Declaro que he redactado el trabajo “Divorcio Altamente Conflictivo: Salvaguardando el Bienestar de los Hijos” para la asignatura de Trabajo de Fin de Grado en el curso académico 2014-2015 de forma autónoma, con la ayuda de las fuentes bibliográficas citadas en la bibliografía, y que he identificado como tales todas las partes tomadas de las fuentes indicadas, textualmente o conforme a su sentido.*

## ÍNDICE

<b>1. Introducción</b>	<b>1</b>
1.1. <i>Justificación del trabajo</i>	3
1.2. <i>Objetivos</i>	5
<b>2. Marco teórico</b>	<b>5</b>
2.1. <i>¿Qué es un divorcio altamente conflictivo?</i>	5
2.2. <i>¿Cómo afecta un conflicto elevado en el divorcio al bienestar de los hijos?</i>	9
2.3. <i>¿Qué tipo de intervenciones existen de cara a la reducción del conflicto?</i>	14
<b>3. Metodología</b>	<b>23</b>
3.1. <i>Materiales</i>	23
3.2. <i>Procedimiento</i>	23
3.3. <i>Análisis de la información</i>	24
<b>4. Conclusiones y prospectiva</b>	<b>25</b>
<b>5. Referencias bibliográficas</b>	<b>29</b>

En las últimas décadas, muchos estudios han sugerido la existencia de una fuerte asociación entre el divorcio y una disminución significativa en los niveles de bienestar de los hijos, proponiendo como uno de los agentes mediadores implicados el conflicto entre los ex cónyuges. El principal objetivo de este trabajo es analizar el papel que dicho conflicto juega a la hora de explicar el ajuste psicológico de los niños y, específicamente, exponer las intervenciones existentes de cara a su reducción, destacando las similitudes existentes entre ellas. Para llevar esto a cabo, se emplearon capítulos de libros y artículos científicos, realizando un análisis conceptual de la información encontrada en ellos. Se comprobó el papel determinante de un elevado conflicto en el bienestar de los hijos, presentando consecuencias nefastas para estos; y no sólo en situaciones de divorcio, sino también en aquellas familias que permanecen unidas. Asimismo, se pudo ver que todas las intervenciones terapéuticas diseñadas específicamente para estas situaciones parten del conocimiento acerca de las formas en que el conflicto perjudica a los niños, considerando fundamental la psicoeducación para los padres, así como el consenso y negociación entre ambas partes, con la ayuda de un mediador. Finalmente, se plasma la necesidad de evaluar rigurosamente estos programas ya diseñados, que presentan una labor prometedora, ya que suponen una alternativa al contexto extremadamente litigante de los tribunales de familia.

Palabras clave: Conflicto; Divorcio; Familia; Hijos; Guardia y Custodia.

### **1. INTRODUCCIÓN**

En el año 2010, el Instituto Nacional de Estadística (2011) registró en nuestro país un total de 119.554 divorcios, cifra que cuadruplicaba la estimada en el año 1991. Si bien en 2005 se modificó el Código Civil en materia de Separación y Divorcio –lo que provocó un importante trasvase de los ingresos desde separaciones a divorcios–, y en ese mismo año se comenzaron a incluir los matrimonios del mismo sexo en las estadísticas (INE, 2011), es posible observar una tendencia creciente en la incidencia del divorcio en nuestra sociedad. De hecho, se estima que la mitad de los matrimonios iniciados en los últimos años serán disueltos de forma voluntaria (Chernil, 1992, citado

en Amato, 2000). Con estos datos, se hace patente la transformación a nivel mundial de la ruptura familiar en una realidad del día a día, afectando a un gran número de familias (Marin, 2010). No obstante, como afirma De la Torre (2005), aun tratándose de algo cotidiano, dicha ruptura ha sido y es considerada un estado de desequilibrio, tanto para las parejas como para sus hijos.

En ese sentido, en las últimas décadas, un gran número de investigaciones se ha interesado por estudiar las implicaciones que el divorcio presenta para los hijos, llegando a recopilar la mayor parte de éstas numerosas evidencias que sugieren una asociación entre dicho evento y una disminución significativa en sus niveles de bienestar (Amato, 1993). En un metaanálisis de 92 estudios, Amato y Keith (1991) encontraron que la disolución marital se relacionaba con consecuencias negativas para los hijos en las áreas de rendimiento académico, adaptación psicológica, conducta, autoestima y relaciones sociales. Por otra parte, también se ha visto que el divorcio no sólo presenta implicaciones a largo plazo en la vida de los hijos, sino que éstas pueden extenderse más allá –en concreto, en la generación de los nietos, aunque estos últimos ni siquiera hubiesen nacido cuando tal evento tuvo lugar– (Amato y Cheadle, 2005).

Sin embargo, se ha podido comprobar que el promedio de los niveles de bienestar de los hijos de familias no separadas y aquel de hijos pertenecientes a familias divorciadas no difieren de forma significativa. Ello se debe a la gran variabilidad que existe entre los hijos cuyos padres deciden divorciarse: mientras que algunos de ellos presentan graves problemas, otros se adaptan de forma adecuada (Amato, 1993).

Y es que, tanto en el momento en que los padres comienzan a distanciarse como en el período que sigue al divorcio, acontecen nuevos eventos y procesos mediadores que son vividos como estresantes; los cuales, a su vez, aumentan el riesgo de que tengan lugar consecuencias emocionales, comportamentales y de salud negativas en los hijos (Amato, 2000). De acuerdo con Amato (2000), una de estas variables, propuesta como posible explicación a la variabilidad existente entre los hijos de padres divorciados, es el conflicto de pareja: la exposición continua a disputas entre los padres constituye un potente predictor de pobres consecuencias durante la infancia.

## 1.1. JUSTIFICACIÓN DEL TRABAJO

Como hemos visto con anterioridad, el conflicto entre los padres funciona como una variable mediadora en las situaciones de divorcio, convirtiéndose en un factor de riesgo para los hijos. Y no sólo eso, sino que además se ha comprobado que se trata de una de las variables predictoras más potentes del deterioro de su bienestar. En su meta-análisis, Amato (1993) encontró que la literatura proporcionaba un mayor apoyo empírico a la perspectiva del conflicto de pareja –frente a otras como las centradas en las dificultades económicas o en la ausencia del padre no custodio–. De acuerdo con dicha perspectiva, el conflicto entre los padres antes y durante el divorcio es el responsable de la disminución en los niveles de bienestar de los hijos, de forma que la relación entre las consecuencias negativas durante la infancia y el divorcio por sí mismo resulta ínfima. En otro estudio, Amato, Loomis y Booth (1995) comprobaron que las consecuencias del divorcio en los hijos dependen del conflicto de pareja existente antes de que el matrimonio se disuelva: en familias de alta conflictividad, los hijos presentan niveles más altos de bienestar durante la adultez temprana si sus padres se divorcian que si se mantienen juntos –bajo estas condiciones, la disolución marital supone para ellos la vía de escape de un entorno aversivo–, mientras que en aquellas familias que no se divorcian, el conflicto de pareja correlaciona de forma negativa con su bienestar. Posteriormente, se replicó y extendió este mismo estudio, obteniendo los mismos resultados, lo que volvió a sugerir que la mayor parte de los efectos del divorcio se ven moderados por el conflicto previo a la separación entre los padres (Booth y Amato, 2001).

No obstante, resulta fundamental tener en cuenta que en ciertas ocasiones, el divorcio en familias altamente conflictivas no supone un camino hacia el fin de las disputas y hostilidad entre los padres sino que, de hecho, hace que éstas se mantengan e, incluso, se incrementen y cronifiquen (De la Torre, 2005). Con respecto a las familias con bajos niveles de conflicto entre los padres antes del divorcio, puede suceder que dicho conflicto emerja después de la disolución marital –por una mala adaptación a la ruptura, por la imposibilidad de cooperar en la crianza de los hijos, o bien por el propio contexto judicial, entre otras razones–, llevando a los padres a perjudicarse el uno al otro de forma activa. En ambos casos –tanto en aquellos en los que existe un conflicto de pareja previo al divorcio que se mantiene tras éste, como aquellos en los que dicho

conflicto surge por primera vez después la disolución marital–, las disputas que siguen al divorcio también pueden convertirse en un estresor crónico, que impactan negativamente en el bienestar de los hijos (Amato, 1993). De hecho, un gran número de estudios también ha demostrado que el conflicto de pareja elevado después del divorcio es un potente predictor de un peor ajuste psicológico por parte de los hijos (Grych y Finchman, 1990, 1999; Amato, 2001, citado en Lebow y Rekart, 2006).

En un estudio longitudinal, se comprobó que, incluso 20 años después del divorcio, las relaciones entre los padres constituyen el factor que mejor explica el bienestar subjetivo de los hijos: aquellos cuyos padres continúan inmersos en un elevado conflicto manifiestan un gran nivel de estrés cuando tienen que tratar con ambos – especialmente, en ocasiones especiales como bodas o bautizos–, lo que no sucede en los casos en los que estos últimos mantienen una relación cordial e, incluso amistosa (Ahrons, 2006).

En definitiva, todas estas investigaciones justifican la importancia de considerar el conflicto de pareja –tanto antes como después del divorcio– a la hora de explicar la adaptación de los hijos a la disolución marital. Partiendo de esta base, la tarea esencial de este trabajo será llevar a cabo, en primer lugar, una revisión de las consecuencias que el conflicto de pareja elevado antes y después del divorcio presenta para los hijos, exponiendo las formas en que dicho conflicto afecta a su bienestar. Esto, en líneas generales, facilita la construcción de formas de actuación más óptimas con vistas a lograr una mejor adaptación en la infancia en este tipo de situaciones.

Seguidamente, nos centraremos en exponer las diferentes intervenciones terapéuticas que existen actualmente de cara a reducir este tipo de conflicto –y, por ende, mejorar el bienestar en los hijos–, para finalizar con un análisis de las similitudes existentes entre todas ellas. Destacar tales semejanzas nos permitirá ver cuáles son los elementos clave y las pautas fundamentales que los padres, inmersos en estas disputas, habrían de seguir para hacer frente y tratar de paliar el socavamiento del bienestar de sus hijos que, sin duda, es susceptible de tener lugar. Tal y como Adams y Coltrane (2007) exponen en su trabajo, resulta fundamental que comencemos a concebir el “buen divorcio” (Ahrons, 1994, citado en Adams y Coltrane, 2007) como una opción más para aquellas parejas en las que la separación es un hecho –y más aún si se desea preservar

en la medida de lo posible el ajuste psicológico de los hijos–, y no sólo centrarnos en la promoción de un matrimonio “sano”.

## **1.2. OBJETIVOS**

El principal objetivo de este trabajo es, por tanto, analizar el papel que juega un elevado conflicto de pareja en el divorcio a la hora de explicar el ajuste y bienestar psicológico de los hijos. Para ello, no sin antes delimitar el tipo de situaciones a las que hacemos referencia, se ahondará en las consecuencias que dicho conflicto presenta sobre los niños, exponiendo las formas en que pone en peligro su bienestar.

De forma específica, también se realizará una exposición de las intervenciones existentes en la actualidad de cara a la reducción de dicho conflicto, destacando las características comunes a todas ellas.

## **2. MARCO TEÓRICO**

### **2.1. ¿QUÉ ES UN DIVORCIO ALTAMENTE CONFLICTIVO?**

Como hemos remarcado anteriormente, pese a que en algunas ocasiones es la propia disolución marital la que da lugar a los conflictos entre los padres, suele ser más frecuente que dichos conflictos sean una prolongación de lo que acontecía previamente en la relación de pareja (Kline, Johnston y Tschann, 1991, citado en Ellis, 2000). Es por ello que hablaremos, en un primer lugar, del conflicto que caracteriza a los matrimonios inestables –o encaminados al divorcio– y a aquellos que, si bien se mantienen en el tiempo, se encuentran sumidos en una continua hostilidad que, a la larga, se asocia con efectos perjudiciales en los hijos.

Con el objetivo de exponer los diferentes aspectos que caracterizan a las parejas en las que tiene lugar este tipo de conflicto, nos basaremos en la obra de Gottman (1999).



Para este autor, el elemento clave en estas familias es la mayor presencia de negatividad o de intercambios negativos que de intercambios positivos, ocurriendo lo contrario en aquellas familias estables y felices. Este “desequilibrio”, unido a la inexistencia o ineficacia en los intentos de la pareja por reparar dicho desajuste, se manifestaría tanto a nivel comportamental –es decir, en la propia interacción–, como a nivel perceptivo y fisiológico.

En lo que respecta a la interacción entre los cónyuges en familias altamente conflictivas, podríamos hablar de una reciprocidad de afecto negativo, que conlleva, de forma inevitable, a la escalada del conflicto en la pareja. Esto quiere decir que un inicio de la disputa de marcado carácter negativo por uno de los cónyuges –que suele ser emprendido habitualmente por parte de las mujeres– haría más probable que la otra parte respondiese al mismo nivel de negatividad, convirtiéndose en un círculo vicioso que llevaría a que, en las subsiguientes disputas, el conflicto alcanzase un nivel superior.

Por otro lado, también podemos identificar en estos casos un patrón de interacción dominado por la presencia sostenida en el tiempo de cuatro comportamientos, conocidos bajo la etiqueta de “los Cuatro Jinetes del Apocalipsis” (Gottman, 1999). Dichos comportamientos serían la actitud crítica –normalmente dirigida a características globales de la persona–; la actitud defensiva –que, aunque se ve elicitada por la crítica, implica, de forma implícita, una acusación de la otra persona–; el desprecio –que coloca a uno de los cónyuges en un nivel superior, suponiendo un juicio sobre la falta de valor del otro–; y la inhibición –cuando uno de ellos ignora al otro, creando “una muralla de piedra” entre ambos–. Asimismo, encontramos en estos matrimonios un cierto distanciamiento emocional, además de una falta de influencia mutua, lo que sucede cuando uno de los cónyuges –normalmente, el marido– es impermeable al criterio del otro. Es también característico de estas familias el que la pareja se empeñe en resolver aquellos problemas irresolubles y perpetuos, en lugar de disolverlos o establecer un diálogo de estos en pos de la relación, lo que hace que el resentimiento se vaya acumulando con el paso del tiempo. Por último, como apuntamos anteriormente, en este tipo de situaciones la pareja no cuenta con mecanismos de reparación para escapar de la negatividad de sus conflictos; es decir, para reparar la interacción haciéndola más positiva.

En segundo lugar, podemos hablar de la existencia de una percepción distorsionada por parte de los cónyuges en estos matrimonios. Y es que, en estos casos, el conflicto o las conductas negativas del otro le son atribuidas a algo estable e interno –lo que acaba haciendo a las parejas ver sus problemas como irresolubles–, mientras que cualquier atisbo de positividad por su parte se ve juzgado como algo meramente circunstancial y breve. Este tipo de respuestas cognitivas acaban automatizándose, haciendo que cada uno de los cónyuges interprete de forma errónea cualquier tipo de conducta del otro bajo ese sesgo negativo. Ello, a su vez, hace que sólo perciban lo que confirma el criterio que se han fijado, generando cada uno su propia impresión de realidad. Tras hallarse instaurados en dicha percepción de la realidad, el conflicto se hace difícil de resolver.

Finalmente, y en lo que respecta al dominio fisiológico, el elevado conflicto marital se caracteriza por una activación fisiológica difusa; esto es, por un estado corporal de alarma o alerta desmesurado. Estas parejas, además de no ser capaces de regular dicho estado en sí mismos –se encuentran incapacitados para desactivarse–, tampoco pueden desactivar al otro. En estos casos, las diferencias de género se acentúan: mientras que los hombres se activan de manera más paulatina y les resulta difícil desactivarse, las mujeres se activan rápidamente y son capaces de desactivarse con facilidad.

A modo de resumen, podríamos decir que los cónyuges inmersos en un elevado conflicto se caracterizan por la negatividad –más que por la positividad– en sus interacciones y percepciones, así como por la incapacidad de desactivarse a sí mismos y al otro a nivel fisiológico (Gottman, 1999).

De acuerdo con De la Torre (2005), aunque en este tipo de situaciones –en las que el conflicto entre los padres es imposible de resolver–, el divorcio se presenta como la mejor opción, es posible que se produzca una escalada del conflicto en la pareja tras la disolución marital (Hetherington, 1999, citado en De la Torre, 2005), tornándose en algo perjudicial para el núcleo familiar. Aunque un nivel elevado de conflicto es esperable y frecuente en todos los procesos de divorcio, estos suelen decaer cuando se ha alcanzado la sentencia, o bien con el paso del tiempo (Johnson, 1994). Sin embargo, se ha comprobado que entre el 5 y el 12% de las familias consideradas altamente conflictivas se mantienen en la misma línea (Maccoby y Mnookin, 1992; King y Heard, 1999; Fischer, De Graaf & Kalmijn, 2005, citado en Marin, 2010).

En estos casos, los divorcios –altamente conflictivos– se caracterizan, además de por su cronicidad, por “disputas legales intratables, conflictos continuos acerca de la crianza de los hijos, hostilidad, amenazas físicas y violencia intermitente” (Johnston, 1994, pp. 172). Aquí, la mayor parte de los padres presenta una coparentalidad conflictiva –con una baja comunicación y una alta discordancia entre ellos– (Johnston, 1994). Inmersos en sus disputas, a las que dedican una gran cantidad de energía, se critican mutuamente y de forma abierta, tanto en sus formas de ser como en sus maneras de actuar para con sus hijos, quienes suelen ser el foco de sus enfrentamientos (Camara y Resnick, 1988, citado en Marin, 2010). La razón de que las disputas se centren fundamentalmente en aquellos temas relacionados con los menores –tales como el régimen de custodia y el de visitas– es que estos representan el único y último vínculo entre los progenitores (Emery, 1999; Wallerstein y Corbin, 1999, citado en Marin, 2010). De esta manera, los padres se culpan mutuamente de los problemas que encuentran en sus hijos, sin ser capaces de ver que son sus disputas las que ocasionan el principal daño en ellos. Todo esto hace que no se encuentren dispuestos a cambiar (Lebow y Rekart, 2006), manteniendo el conflicto a lo largo del tiempo. Por otra parte, esta cronificación de los conflictos suele llevar a batallas judiciales que en ocasiones pueden durar hasta décadas (Kirkland, 2004, citado en Henry, Fieldstone, Thompson y Treharne, 2011), conllevando un coste elevado tanto para los cónyuges, como para sus familias, el sistema del tribunal familiar y la sociedad en general (Henry et al., 2011).

Para finalizar este primer apartado, consideramos fundamental delimitar el tipo de situaciones de conflicto elevado de las que hablaremos en este trabajo. Y es que, tal y como Friedman (2004) planteó, si bien el término “divorcio altamente conflictivo” nos hace pensar que existen parejas divorciadas en las que las disputas persisten a lo largo del tiempo, no puede llevarnos a considerar que dicho conflicto sea siempre creado y mantenido por ambos padres: la razón es que, en algunos de estos casos, éste puede ser perpetrado únicamente por uno de ellos; unidireccionalmente. En esa misma línea, Dalton, Carbon y Olesen (2003) hacen hincapié en la necesidad de distinguir entre dos tipos de divorcio altamente conflictivo: en el primero de ellos, los dos padres se encuentran inmersos en las disputas, las cuales son mantenidas equitativamente por ambos, mientras que el segundo representa la situación de abuso de un padre hacia el otro, en la que el conflicto es empleado por el primero como una forma de reivindicar su

control y dominio sobre su ex pareja. Así, en un extremo del conflicto entre los ex cónyuges, encontramos las situaciones de abuso familiar (Marin, 2010).

A pesar de que las situaciones de conflicto y las situaciones de abuso implican consecuencias de similar naturaleza en los hijos, las intervenciones en cada caso son distintas. La razón de ello es que los riesgos que las situaciones de abuso pueden presentar para los hijos son, en la mayor parte de las ocasiones, mucho más nefastos, requiriendo de una especial atención por parte de los juzgados (Dalton et al., 2003) – quienes, además de priorizar el bienestar de estos, también han de hacer lo mismo por su integridad física y seguridad–. Como hemos podido manifestar anteriormente, nosotros dejaremos a un lado las situaciones de abuso o de violencia doméstica, a fin de centrarnos únicamente en las situaciones conflictivas, en las que los procesos de poder o influencia y resistencia al cambio –presentes en todas las relaciones de pareja– no se encuentran tan exacerbados (Gottman, 1999).

En resumen, los divorcios altamente conflictivos se caracterizan por disputas crónicas –habitualmente, acerca de la guardia y custodia de los hijos–, requiriendo de una constante atención por parte de los tribunales familiares. En estos divorcios, los ex cónyuges presentan elevados niveles de negatividad en sus interacciones, percepciones y fisiología, mostrándose incapaces de cooperar entre ellos en la crianza de sus hijos.

## **2.2. ¿CÓMO AFECTA UN CONFLICTO ELEVADO EN EL DIVORCIO AL BIENESTAR DE LOS HIJOS?**

Tal y como apunta Grych (2005), el conflicto elevado entre padres divorciados afecta de dos formas al bienestar de los hijos: en primer lugar, de manera indirecta, a través de su impacto sobre ciertas variables mediadoras –lo que, a su vez, influye en la adaptación de los menores–; y, en segundo lugar, de manera directa, mediante la propia exposición de estos a las disputas de sus padres.

Para empezar, un elevado conflicto tras el divorcio y un alto nivel de estrés causado por la separación son susceptibles de deteriorar las prácticas de crianza de los padres

(Kelly & Emery, 2003, citado en Trinder, Kellet y Swift, 2008). Con frecuencia, estos se encuentran tan inmersos en sus conflictos que se vuelven más hostiles y agresivos con sus hijos (Grych, 2005). Se ha visto que, en este tipo de situaciones, suele ser frecuente un mayor rechazo y control psicológico de los hijos por parte de las madres, así como una disminución en la implicación de los padres no custodio en su crianza, quienes suelen limitar el contacto con sus hijos –especialmente, para evitar los conflictos con sus ex parejas– (Grych, 2005). Además, puesto que no son capaces de cooperar entre ellos en lo que respecta a su cuidado y educación, la disciplina que aplican se vuelve más coercitiva y sus expectativas más inconsistentes (Johnston, 1994). Todo ello hace que las relaciones padres-hijo se tornen negativas y distantes, llevando también a la aparición de problemas emocionales y comportamentales en los menores (Johnston, 1994).

De esta manera, una segunda forma en que los conflictos afectan al ajuste de los hijos es a través de las relaciones entre estos y sus progenitores; relaciones que, como vemos, también se ven puestas en peligro en este tipo de situaciones. De hecho, un gran número de estudios sostiene que el conflicto elevado tras el divorcio y el estrés emocional del padre custodio empeoran y hacen más problemática la relación del hijo con sus padres, lo que lleva a un mayor desajuste del primero (Johnston, 1994). Pero la relación entre los hijos y su padre es, sin duda, la que se ve más afectada. Hablamos del padre porque la gran mayoría de los hijos de familias divorciadas viven con sus madres y visitan a sus padres, de manera que la variación en el régimen de visita afectaría a las relaciones de los hijos con estos últimos en mayor medida (Fabricius y Luecken, 2007).

Efectivamente, se ha comprobado que en situaciones de conflicto elevado, suele tener lugar una menor implicación paterna, más dificultades en la relación padre e hijo y un empeoramiento en dicha relación a largo plazo (Ahrons y Tanner, 2003; Hetherington; Maccoby & Mnookin; Pruett, Williams, Insabella & Little, 2003, citado en Kelly, 2006). Al respecto, aunque se sabe que la calidad de la relación entre los hijos y el padre custodio es un predictor mucho más potente (Emery, 1982, citado en Ellis, 2000), diversos estudios han puesto de manifiesto la gran influencia de la relación entre el padre no custodio y el hijo a la hora de explicar el ajuste de este último (Trinder et al., 2008). Sin embargo, aunque algunos de ellos muestran que la implicación paterna resulta beneficiosa para el bienestar psicológico de los hijos, también se han encontrado resultados no tan evidentes (Yárnoz, 2006).

Ante esto, un gran número de investigaciones han tratado de estudiar la relación entre el contacto frecuente entre los hijos y sus padres y el ajuste de los primeros. Kelly (2006) encontró que dicho contacto se asociaba con una adaptación pobre de los menores, puesto que era más probable la expresión de la hostilidad entre los padres frente al hijo durante los intercambios de hogar. De la misma forma, otros autores sugieren que el régimen de custodia compartida en estos casos (o bien el acuerdo de visitas frecuentes al padre no custodio) contribuyen al desajuste de los hijos, ya que incrementa el conflicto entre los padres (Johnston, 1994). No obstante, en su estudio, Trinder, Kellet y Swift (2008) no encontraron ninguna relación entre la cantidad de contacto entre hijo y padre no custodio y el bienestar del primero. Lo mismo sucedió en la investigación de Fabricius y Luecken (2007), cuyos resultados demostraron que en familias altamente conflictivas –tanto divorciadas como no divorciadas–, un contacto frecuente con el padre no custodio se relaciona con una mejor relación con el padre, lo que se traduce en mejores niveles de bienestar por parte de los hijos. Como podemos ver, existe una gran controversia al respecto, y poco se sabe aún acerca de la relación existente entre estos dos factores (Marin, 2010).

Una tercera forma en que los divorcios altamente conflictivos empeoran el ajuste de los hijos tiene lugar cuando estos se sienten “atrapados entre sus padres” (Buchanan, Maccoby y Dornbusch, 1991); es decir, cuando se encuentran atrapados en el conflicto que existe entre sus progenitores. Este sentimiento, cuya ocurrencia es más probable en los casos en los que el conflicto es elevado, tiene lugar en situaciones en las que los padres tratan de formar una alianza con su hijo –siendo la alienación parental su expresión más grave–; de difusión de relaciones entre subsistemas familiares –en concreto, entre los subsistemas padre-padre y padres-hijo–; y de conflictos de lealtad (Buchanan et al., 1991).

En muchas ocasiones, los padres, a favor de sus propios intereses y sin tener en cuenta las implicaciones que sus respectivas actitudes presentan para sus hijos, suelen imponer a estos, de forma más o menos encubierta, la obligación de elegir entre uno u otro, tratando de formar alianzas con su hijo contra su ex pareja con el objetivo de suprimir cualquier vínculo del menor con el otro progenitor (De la Torre, 2005). Sin embargo, dado que la mayor parte de los hijos quieren seguir manteniendo relación con ambos padres, se acaban encontrando sumidos en un conflicto de lealtades, en el que “si aceptan todo lo que oyen, se convierten en cómplices de una alianza contra el otro

padre, pero si no lo hacen, hacen daño al que están con ellos” (De la Torre, 2005, pp. 108). Bajo ese intento por mantener relaciones justas y equitativas con ambos padres en un contexto en el que los conflictos entre ellos son continuos, los hijos experimentan grandes niveles de culpabilidad y de ansiedad (Buchanan, 1991). Por otra parte, cuanto más atrapados en el conflicto se sienten los hijos, estos se distancian en mayor medida de sus padres (Buchanan et al., citado en Ellis, 2000).

En el extremo de esta situación se encontraría la alienación parental, en la que, finalmente, “el hijo se alía fuertemente con uno de los padres –el preferido–, rechazando la relación con el otro –el alienado–, sin justificación legítima” (Bernet, Von Boch-Galhau, Baker y Morrison, 2010, pp. 77). Ésta constituiría la forma más peligrosa de manipulación hacia los hijos en estos casos (De la Torre, 2005). Suele producirse cuando el hijo, cansado de encontrarse en medio del conflicto entre sus padres, decide quedarse al margen, decantándose por uno de ellos (Bernet et al., 2010). De esta forma, se coloca en la misma posición que el padre con el que se alía, a quien considera “bueno”, mientras que el padre alienado es sólo “maldad”, obsesionándose con expresar abiertamente su odio hacia él (Ellis, 2000).

Amato y Afifi (2006) comprobaron que, si bien el sentirse atrapado en los conflictos de los padres suele decaer en la adultez temprana de los hijos, esta situación también puede seguir teniendo lugar años más tarde, provocando las mismas consecuencias que las encontradas edades más tempranas. De la misma manera, Ahrons (2006) también corroboró la existencia de conflictos de lealtad en hijos cuyos padres divorciados se encontraban inmersos en un elevado nivel de conflicto incluso 20 años después del divorcio.

Se ha encontrado además, que, independientemente de que los padres se encuentren divorciados o no, un conflicto entre estos elevado, además de la existencia de triangulación del hijo en dicho conflicto, se identifican como factores de riesgo de abuso psicológico hacia éste, bien sea en forma de prácticas de crianza severas (Gagné, Drapeau, Melançon, Saint-Jacques y Lépine, 2007), o de alienación parental que, aunque de forma encubierta, también “constituye una forma de maltrato” (De la Torre, 2005, pp. 110). Se ha encontrado que dicho abuso psicológico a los hijos se asocia en gran medida con problemas externalizantes en estos, independientemente de su sexo, mientras que el conflicto elevado entre padres se relaciona con problemas

internalizantes, especialmente en chicos –lo que puede deberse a que éste no constituye una agresión directa a los menores– (Gagné et al., 2007).

Por último, para poder examinar los efectos directos de la exposición al conflicto por parte de los hijos, resulta fundamental tener en cuenta que el conflicto “es un constructo multidimensional que incluye frecuencia, modo de expresión, cronicidad o duración, intensidad y grado de resolución” (Krishnakumar y Buehler, 2000, pp. 25), además de la dimensión de dominio –cuestiones relativas al divorcio en las que se centran los desacuerdos, como la custodia y el acceso a los hijos–, y la actitudinal –grado de hostilidad que es dirigido desde una de las partes a otra– (Johnston, 1994). La necesidad de considerar los diferentes tipos de conflicto existentes se debe a que no todas las dimensiones y *modus operandi* de éste se relacionan con el mismo nivel de deterioro del bienestar de los hijos.

Al respecto, se ha podido comprobar que no es la cantidad total o la frecuencia del conflicto lo que predice una peor adaptación de los hijos, sino más bien la forma en que este es expresado y manejado (Ellis, 2000). Cuando existe una gran hostilidad, ira, desprecio y agresividad en el conflicto, éste presenta una mayor amenaza para los hijos (Grych, 2005). En su estudio, Camara y Resnick (1988) observaron que el uso de violencia verbal en la resolución del conflicto por parte de los padres –especialmente, cuando es empleada por el padre– hace más probable que los hijos, sobre todo los chicos, “se muestren agresivos, presenten problemas a la hora de cooperar con otros niños, tengan menor autoestima y manifiesten problemas externalizantes de conducta” (Ellis, 2000, pp. 44). Asimismo, cuando el conflicto entre los padres se da en forma de violencia física, es muy probable que los hijos se encuentren sometidos a grandes niveles de estrés y agitación, temiendo que tal violencia también tenga lugar contra ellos mismos (Ellis, 2000). Sin embargo, los niños no suelen verse afectados por el conflicto que es expresado de forma calmada, respetuosamente y que acaba siendo resuelto de forma efectiva (Grych, 2005).

Se ha visto, por otra parte, que aquellas parejas que no son capaces de resolver sus disputas de forma constructiva, pero las mantienen “tras puertas cerradas” –esto es, encapsuladas–, alejan a sus hijos de un agente potencialmente estresor (Grych, 2005). Sin embargo, estos se seguirán viendo afectados por el conflicto, debido a la forma en que éste compromete a las relaciones con sus progenitores (Grych, 2005).



Finalmente, el dominio en el que se focalizan los desacuerdos también es un gran predictor del desajuste psicológico de los hijos. En referencia a esto, se ha encontrado que son especialmente perjudiciales para la infancia aquellas disputas centradas en ellos (Hetherington, 1999; Cummings, Initals, Goeke-Morey & Papp, 2001, citado en Marin, 2010), tales como las que aluden al régimen de custodia o de visitas. En estos casos, los menores suelen sentirse culpables al pensar que la única razón por la que sus padres discuten es por ellos mismos, llegando a considerarse responsables de la resolución de esta situación (Grych, 2005). También son comunes entre ellos los remordimientos, así como el miedo a verse atrapados en el conflicto (Ellis, 2000).

Hemos visto aquí cómo en la mayor parte de las ocasiones –si no en todas–, el bienestar y ajuste psicológico de los hijos se encuentra mediado por la relación que éste tiene con sus padres. Ya sea directa o indirectamente, los divorcios altamente conflictivos acaban deteriorando dicha relación, lo que resulta perjudicial de cara a su ajuste psicológico a corto y a largo plazo. Por otra parte, ahora sabemos que no es tan importante la existencia del conflicto entre los ex cónyuges, sino más bien la forma en que dicho conflicto se expresa y maneja. Tener en cuenta la importancia de estas dos variables mediadoras resultará esencial a la hora de diseñar programas de prevención.

### **2.3. ¿QUÉ TIPO DE INTERVENCIONES EXISTEN DE CARA A LA REDUCCIÓN DEL CONFLICTO?**

Como hemos visto hasta ahora, es mucho más frecuente que sean las familias altamente conflictivas aquellas que, en situaciones de divorcio, acudan a los tribunales de familia con el objetivo de resolver sus disputas (Grych, 2005). Sin embargo, este contexto, esencialmente contencioso, refuerza en gran medida la hostilidad y agresividad que las caracteriza de antemano (Johnston, 1994). Y es que, tal y como Kelly (2002, p. 3) describió: “El proceso litigante enfrenta a los padres, haciéndoles pensar de manera polarizada y posicionada sobre las deficiencias del otro, lo que a su vez impide que se comuniquen y cooperen entre ellos para poder satisfacer las necesidades de sus hijos [...]”.

Ante esta situación, se han desarrollado diferentes métodos de resolución extraprocesal de conflictos, los cuales veremos a continuación.

### **Programas educativos breves**

En un primer nivel se encuentran los programas educativos breves, ofertados en la mayor parte de los juzgados tras la separación y el divorcio. Suelen tener una duración de cuatro horas, y lo más frecuente es que presenten como objetivo reducir los conflictos entre los ex cónyuges, así como ayudarles a entender las necesidades de sus hijos y estrechar sus relaciones con estos (Cantón, Cortés y Justicia, 2007). Para ello, se les expone la forma en que sus disputas afectan a los niños, y la forma en que pueden ayudarlos a superar la ruptura (Cantón et al., 2007).

En este mismo formato, y ya dirigido más específicamente a las situaciones de divorcio altamente conflictivo, se ha diseñado el programa parental conflict resolution (PCR), o programa de resolución del conflicto entre padres (Neff y Cooper, 2004). Este programa toma la forma de una clase de cuatro horas de duración –una diferente para cada cónyuge, acompañados por unas veinte personas más– y diversas tareas para casa. Parte de la base de que una de las posibles causas del conflicto de pareja crónico son los trastornos de personalidad en uno o ambos padres, y es por ello que concibe como única vía de resolución la exposición a estos de las consecuencias a largo plazo de sus formas de proceder, tanto para sus hijos como para ellos mismos. El objetivo del análisis de dichas consecuencias es conseguir una reestructuración de su pensamiento. Sin embargo, no trata de cambiar la forma que tienen los pacientes de ver su mundo, sino más bien “de reestructurar la visión de estos de una realidad concreta: la realidad de su conflicto con el otro padre” (Neff y Cooper, 2004, pp. 103). Para ello, se utiliza la exposición de material audiovisual, la lectura de casos reales, la organización de debates entre los participantes, y la realización por ellos de ejercicios en sus hogares, entre otras actividades.

En los seguimientos telefónicos de este tratamiento –realizados a los seis, doce y quince meses después de ser éste puesto en marcha– se pudo ver cómo sus efectos se mantenían a lo largo del tiempo, demostrando que la mayor parte de los ex cónyuges se encontraban satisfechos con el método recibido (Neff et al., 2004). No obstante, sólo se

pudo evaluar de forma subjetiva el cambio comportamental en ellos, sin comprobar la existencia de un cambio real en sus formas de actuar. De igual forma, tampoco se valoraron los informes de los hijos frente al conflicto existente entre sus padres; medidas que suelen considerarse las más fiables y válidas del nivel de dicho conflicto (Grych, 2005).

Por otra parte, tal y como Grych (2005) expone en su trabajo, los programas de una o dos sesiones resultan inadecuados para aquellos padres que continúan manteniendo relaciones altamente conflictivas años después del divorcio, debido a la complejidad de la situación en la que estos se encuentran. Por esta razón, se han diseñado formas de intervención más intensivas, que expondremos a continuación.

### **Intervenciones terapéuticas**

En un segundo nivel, nos encontramos con las denominadas intervenciones terapéuticas. Reciben este nombre porque conforman, esencialmente, una experiencia de aprendizaje para los padres (Sander, 1983, citado en Campbell y Johnston, 1986). No sólo tratan de promover una relación de cooperación entre los ex cónyuges, sino que también hacen más fácil para estos el manejo de futuros conflictos acerca de sus hijos (Campbell et al., 1986).

En primer lugar, hemos de hacer mención a la mediación. Considerada también un programa de prevención (Emery, Sbarra y Grover, 2005; Shepard, 2005, citado en Cantón y Justicia, 2007), la mediación se presenta como una forma alternativa de ayudar a los ex cónyuges a resolver sus disputas, especialmente las referidas a la custodia y acceso a sus hijos (Cantón y Justicia, 2007). En ella, y con la ayuda de una tercera parte, los padres tratan de definir los problemas, generar opciones y ordenar sus prioridades; todo ello con el objetivo de negociar y proponer alternativas. Se trata, en definitiva, de desviar sus conflictos emocionales para ayudarles a ser más racionales y a orientarse hacia una meta concreta, la cual, en este caso, consiste en alcanzar un acuerdo entre ambas partes (Johnston, 1994).

Con respecto a la tasa de éxito de este método, si ésta es comparada con la obtenida mediante el sistema litigante, resulta muy positiva (Campbell et al., 1986), hallándose entre el 40 y el 70% (Johnston, 1994). No obstante, entre un 25 y un 65% de los padres

que se divorcian son incapaces de alcanzar un acuerdo en lo que se refiere a la custodia de sus hijos a través de los servicios de mediación que les son ofertados.

Tal y como han indicado diversas investigaciones centradas en la mediación y experiencias de tribunal, los comúnmente empleados modelos de mediación racional –o de toma de decisiones– resultan inefectivos en los casos de familias altamente conflictivas, en las que los padres, normalmente ambivalentes acerca de la separación, suelen presentar reacciones de estrés y, de forma moderada, patologías severas y trastornos de personalidad.

Ante estos resultados obtenidos, tanto por parte de la mediación como por parte de los programas educativos o del divorcio colaborativo –el cual suele también fracasar con estas familias–, y ya en un tercer nivel, se han diseñado formas de intervención mucho más intensivas (Grych, 2005). En este trabajo, nosotros nos centraremos en exponer dos: la Impasse-Directed Mediation o Mediación Centrada en el Impasse (Campbell y Johnston, 1986) y la integrative family therapy o Terapia Familiar Integradora (Lebow y Rekart, 2006). Hablaremos de ellas porque, además de ser las más conocidas en el ámbito, ambas se encuentran manualizadas –esto es, sus autores exponen de forma rigurosa el procedimiento a seguir en ellas– y porque, además, una de ellas se halla validada empíricamente; en concreto, hablamos de la planteada por Campbell y Johnston (1986).

En lo que respecta a la primera, la Impasse-Directed Mediation (Campbell y Johnston, 1986), se presenta como una variante de la mediación estándar. Se caracteriza, principalmente, por dos aspectos: en primer lugar, pretende ayudar a los ex cónyuges a analizar por qué se encuentran en ese impasse o situación de “callejón sin salida”, que interfiere en la resolución de sus disputas. Desde este modelo, se considera dicho impasse como un estado de transición para la pareja en la que sólo existen conflictos acerca de la custodia, los cuales ya se han convertido en crónicos e inherentes a su relación. Además, esta situación de impasse tiene lugar a distintos niveles –externo, interaccional e intrapsíquico–, que se influyen de manera recíproca. Identificar el tipo de impasse que tiene lugar en cada caso ayudará a diseñar intervenciones específicas que supriman aquello que imposibilita el acuerdo entre ambas partes. En segundo lugar, este tipo de intervención no sólo trata de educar y atender a los padres, sino que aboga, fundamentalmente, por los intereses de los hijos. Así, podemos decir que su objetivo

principal es facilitar que aquellas familias sumidas en la transición del divorcio se desplacen a otra estructura que les permita suplir sus propias necesidades y las de los niños (Campbell et al., 1986).

Su duración es de unas 10 semanas, con consultas de seguimiento disponibles. No sólo trata de hacer frente a los problemas que surgen en el presente, sino que también pretende servir de guía en aquellos que emergen más adelante.

Podríamos decir que se trata de un proceso constituido por dos fases: En primer lugar, una fase de terapia, en la que se ayuda a los cónyuges a comprender por qué no logran escapar de las disputas crónicas que existen entre ellos; es decir, a encontrar cuál es la funcionalidad del callejón sin salida en el que se encuentran. Entender su situación les permitiría responder de forma más racional de ahí en adelante. Asimismo, también se les facilitaría el entendimiento de las necesidades evolutivas de su hijo –siempre considerándolas de forma separada a las suyas propias–. Por último, se les confronta a la realidad de la situación frente a la que se encontrarán en un futuro: es el momento de modificar expectativas poco realistas de lo que acontecerá –como, por ejemplo, el suponer que serán capaces de controlar aquello que sucede en el otro hogar–. En segundo lugar, se encuentra una fase de mediación, en la que de forma conjunta –habitualmente, por primera vez– se resuelven problemas específicos acerca de los conflictos y se negocian distintos acuerdos en lo que respecta a la coparentalidad y el cuidado de los hijos. Para ello, el mediador, quien también habrá ejercido el rol de terapeuta en la fase anterior, escogerá el método de resolución de problemas y las técnicas de terapia familiar que mejor se ajusten a los pacientes y a su impasse. Finalmente, hay una fase de implementación, en la que cada ex cónyuge entregará a su abogado el acuerdo resultante de la negociación, a fin de que éste sea revisado y presentado ante el tribunal. Tras ello, esta intervención permanecerá disponible para la familia de cara a futuras consultas.

En un seguimiento de dos estudios de familias altamente conflictivas en las que se empleó este método de intervención se encontró que “dos tercios fueron capaces de mantener sus acuerdos acerca de la custodia y, consecuentemente, mantenerse fuera de los tribunales. El método de grupo también fue más eficaz en relación a su coste que el método individual” (Johnston, 1994, pp. 178).

En segundo lugar, tenemos la Integrative Family Therapy o Terapia Familiar Integradora (Lebow y Rekart, 2006) que, partiendo de la idea de que los problemas y dificultades en estos casos se producen a múltiples niveles, echa mano de un amplio rango de técnicas y estrategias terapéuticas con el objetivo principal de reducir los aspectos más perjudiciales de las disputas de los ex cónyuges sobre la custodia de sus hijos; disputas que rápidamente se cronifican. Teniendo en cuenta dicha cronicidad, esta terapia no sólo trata de enfrentarse a los problemas inmediatos, sino también permite la construcción de un recurso cuya utilización previene y aminora futuros conflictos.

De forma previa a la intervención propiamente dicha, se lleva a cabo la redacción de un contrato terapéutico –en el que se especifica quiénes son los pacientes, cuál será la frecuencia de las terapias y la forma en que la información será compartida, entre otros puntos clave–; la construcción de una alianza terapéutica satisfactoria y parcial con ambas partes; la evaluación del caso, mediante la cual se trata de identificar las causas y los factores que mantienen la situación de conflicto elevado, así como las fortalezas y capacidades de los miembros de la familia; la elección del formato de las sesiones judicialmente; la concreción de las metas a alcanzar –esto es, la reducción del conflicto elevado y las situaciones de triangulación, entre otras–; el paso de un enfoque centrado en los problemas a uno centrado en las soluciones; y finalmente, el desplazamiento de los pacientes a la etapa contemplativa del cambio, en la que sean capaces de concebir éste como necesario en sus vidas.

Una vez completados estos pasos iniciales, se pone en marcha la intervención, en la que, como hemos mencionado anteriormente, se hace uso de un gran número de técnicas diferentes con ambos ex cónyuges, sea siempre de forma conjunta, o bien alternando sesiones conjuntas con sesiones individuales –en otros contextos más específicos, también se puede trabajar con los hijos, o bien con la familia extensa, entre otras formas de proceder–.

Las estrategias que se incluyen en este tipo de terapia son: la psicoeducación –mediante la que, fundamentalmente, se trata de concienciar a los padres del daño que sus disputas ocasionan a sus hijos–; el establecimiento de métodos reglados de comunicación y de coordinación adecuada –en estos casos, el objetivo es conseguir que los dos hogares funcionen de forma independiente, con la justa y necesaria comunicación y coordinación entre ellos–; la enseñanza de habilidades de

desvinculación del conflicto, dirigidas tanto a los ex cónyuges como a sus hijos; la modificación de las atribuciones negativas de los diferentes miembros de la familia hacia el resto y la construcción de distintas narrativas no destructivas; la negociación entre las distintas partes del conflicto; y, por último, el trabajo con los sentimientos negativos que emergen del divorcio.

### **Métodos de resolución imparcial del conflicto**

Cuando las negociaciones entre los abogados de ambos ex cónyuges y las intervenciones anteriormente expuestas fracasan, pasamos al cuarto nivel de resolución de conflictos, en las que la solución final tiene lugar por la decisión imperativa de un tercero. Dado que éstas se encuentran más alejadas que las anteriores del terreno psicológico y terapéutico, nos limitaremos a exponerlas de forma breve.

Primeramente, se encontrarían las evaluaciones y recomendaciones, en las que un profesional del ámbito de salud mental ofrece a los tribunales su testimonio referente a la manera en que las disputas acerca de la custodia de los hijos han de resolverse. Todo ello se llevaría a cabo atendiendo siempre al criterio actual; en este caso, conformado por aquello que es más adecuado o respeta los intereses de los hijos (Johnston, 1994). Sin embargo, a pesar de que suele ser eficaz para alcanzar un acuerdo inicial, es habitual que este método fracase en las situaciones altamente conflictivas, en las que las familias cuentan con dificultades para cooperar en el cuidado y crianza de sus hijos en el día a día (Johnston, 1994).

En segundo lugar, se encuentra el arbitraje o coordinación parental, que se centra en la comunicación en relación con el hijo más que en los asuntos no resueltos de la pareja en proceso de divorcio (Fieldstone, Carter, King & McHale, 2011, citado en Henry, Fieldstone, Thompson y Treharne, 2011). El coordinador parental lleva a cabo las tareas de facilitar la implementación del plan de parentalidad compartido, enseñar a los padres habilidades comunicativas y de resolución de conflictos, hacer recomendaciones al tribunal, hacer decisiones para las partes en lo que respecta a las cuestiones de los hijos, entre otras (Boyan y Termini, 2005; Coates et al., 2004, citado en Henry et al., 2011). Si bien han sido pocos los estudios que han evaluado la eficacia de este método de intervención, una investigación en California (Kelly, 2002) puso de manifiesto que éste

logró disminuir el número de subsiguientes litigios en estas familias (Henry et al., 2011).

Otra de las intervenciones existentes son los programas de aplicación de visitas, cuyo principal objetivo es asegurar el acceso libre de conflictos del padre a su hijo. Normalmente, suelen implicar educación parental, evaluación y mediación de las disputas sobre las visitas, órdenes del tribunal ejecutables, supervisión de visitas por carta y teléfono, entre otros aspectos (Johnston, 1994). No obstante, la eficacia de estos programas está siendo evaluada actualmente (Johnston, 1994).

Finalmente, se encuentran la visita supervisada y los intercambios monitorizados, apropiados cuando existe un gran riesgo para el hijo o el ex cónyuge con la custodia. Se trata de un servicio social desarrollado como respuesta directa a aquellas disputas intratables en el divorcio, y proporcionan un escenario protegido que hace posibles las visitas entre los hijos y su padre no custodio (Johnston, 1994). Cuando no existe amenaza directa al hijo pero hay una posibilidad de abuso verbal o físico entre padres, la supervisión se limita al tiempo de intercambio del hijo en un lugar neutro y a salvo (Johnston, 1994). En España, la primera iniciativa surgió gracias a la Asociación para la Protección del Menor en los Procesos de Separación de sus Progenitores (APROME), en el año 1994 (Morte y Lila, 2007). Dicha asociación creó el primer Punto de Encuentro Familiar en nuestro país, cuyo principal objetivo era el de salvaguardar la integridad del menor (Morte et al., 2007)

En este apartado hemos podido ver los diferentes métodos extraprocesales de resolución de conflictos que han sido diseñados específicamente para las familias altamente conflictivas. Dentro del ámbito más propiamente terapéutico, podríamos hacer alusión a tres de ellas: el programa de Resolución del Conflicto entre Padres (Neff y Cooper, 2004), como un programa educativo breve; y la Mediación Centrada en el Impasse (Campbell y Johnston, 1986) y la Terapia Familiar Integradora (Lebow y Rekart, 2006) que, además de presentar una fase psicoeducativa y de terapia, también aspiran a la consecución de un acuerdo entre ambas partes, sin decisión imperativa de un tercero. Podríamos decir que todas ellas consideran fundamental el que los padres se conciencien de las consecuencias tan nefastas que sus conflictos representan para sus hijos, así como que aprendan a separar sus propias necesidades de las necesidades



evolutivas de estos últimos. Partiendo de esta base, se espera que ambos sopesen la importancia de establecer entre ellos otro tipo de relación coparental que beneficie a los pequeños; a su crianza y a su bienestar. Este tipo de relación consistiría en una coparentalidad paralela más que en una cooperación parental, basándose en un sistema de contacto y comunicación lo más estructurado posible, a fin de mantener siempre un mínimo de comunicación y coordinación entre ellos.

No obstante, si bien los puntos propuestos por estos programas resultan claves a la hora de producir una reducción en el conflicto entre los padres y, de manera esencial, un mejor ajuste de sus hijos, hasta la fecha no se ha llevado a cabo ninguna evaluación metodológicamente sofisticada de ellos (Goodman et al., 2004, citado en Grych, 2005).

### **3. METODOLOGÍA**

#### **3.1. MATERIALES**

Este trabajo fue elaborado partiendo de 34 unidades de análisis: 4 capítulos pertenecientes a 3 libros diferentes; 29 artículos científicos –de los cuales, 16 eran de revisión y 13 de investigación–; y 1 sitio web.

#### **3.2. PROCEDIMIENTO**

Mientras que algunos de los materiales empleados me fueron proporcionados y/o sugeridos por mi tutor, el resto fueron hallados consultando las siguientes bases de datos: Web of Science; Psychology & Behavioral Sciences Collection; PsycINFO; PsycARTICLES; y Psycodoc.

Para ello, se utilizaron los siguientes términos o descriptores: Divorcio e hijos; familias altamente conflictivas; conflicto de pareja; guarda y custodia; divorcio conflictivo; divorce AND children; children of divorce; divorce AND child adjustment; marital conflict; custody disputes; high-conflict families; high-conflict divorce; y alternative dispute resolution.

Si bien no se seleccionó ningún período o fecha de búsqueda, se emplearon como criterios de inclusión el que los recursos materiales tuviesen en cuenta, al menos mínimamente, la población infantil, así como que perteneciesen al ámbito psicológico –por ejemplo, se escogieron los que analizaban sólo las consecuencias psicológicas del conflicto de pareja en los hijos–.

Finalmente, cabe añadir que se incluyeron en este trabajo artículos tanto en castellano como en inglés.

### **3.3. ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN**

Una vez seleccionados los diferentes artículos con los que se llevaría a cabo el trabajo, se realizó un análisis conceptual de estos; es decir, toda la información que se plasmaba en ellos fue organizada y estudiada en base a los distintos temas a los que cada uno trataba de dar respuesta –conflicto elevado de pareja, consecuencias de este sobre los hijos, o intervenciones en este tipo de situaciones–, para ser finalmente sintetizada e integrada.

#### 4. CONCLUSIONES Y PROSPECTIVA

El objetivo principal de este trabajo es analizar el papel que juega un elevado conflicto de pareja en el divorcio a la hora de explicar el ajuste y bienestar psicológico de los hijos. Para ello, tras delimitar y describir el tipo de situaciones a las que nos referíamos –es decir, exponer qué es un divorcio altamente conflictivo y qué es lo que éste implica–, se llevó a cabo una enumeración de las consecuencias que presenta para los hijos, así como las formas en que les afecta. Por otro lado, y de forma más específica, nos propusimos también realizar una recapitulación de las intervenciones existentes en la actualidad de cara a la reducción de dicho conflicto –y, por ende, que tratan de preservar el bienestar de los niños–, destacando las características comunes a todas ellas.

A lo largo de la revisión, hemos podido ver que un divorcio altamente conflictivo suele tener como precedente un nivel de conflicto también alto en la relación de pareja previa a la separación conyugal –marcada por un elevado nivel de negatividad a diversos niveles–, así como que en éste son prototípicas las disputas centradas en los hijos, ya que constituyen el único lazo que resta entre los ex cónyuges una vez producida la disolución marital. En estos casos, los padres dedican toda su energía y tiempo a las disputas y, centrados en culparse de forma mutua, dejan a un lado los intereses de sus hijos, sin ser capaces de considerar la necesidad de establecer entre ellos una relación coparental que permita satisfacer sus necesidades. Con todo ello, no sólo se ven deterioradas sus prácticas de crianza, sino que también se ponen en peligro las relaciones con sus hijos. Por otro lado, también suele suceder que estos últimos se sientan atrapados en las disputas de sus padres, llegando a verse incluso manipulados por ellos: una forma de maltrato encubierta. En todos estos casos, se ve amenazado su bienestar; más aún cuando el conflicto es abierto y evidente –esto es, cuando no se encapsula–, cuando se muestra extremadamente hostil, y cuando está centrado en algún tema relacionado con ellos. Por otra parte, se ha visto que en aquellos hijos provenientes de familias divorciadas en las que los padres mantienen una alianza o relación coparental en pos de su bienestar, sin darse tales niveles de conflicto, no tienen lugar tales consecuencias negativas, mostrando niveles de adaptación y bienestar similares a aquellos cuyos padres se mantienen unidos.

Todo esto nos deja claro que el conflicto entre ex cónyuges en el divorcio, ya sea de forma indirecta o directa, resulta nefasto para los hijos, llegando a persistir las consecuencias negativas incluso dos décadas más tarde. Por tanto, el papel de dicho conflicto es determinante a la hora de explicar su ajuste psicológico y bienestar. Además, también se ha podido comprobar cómo no sólo es perjudicial en situaciones de divorcio, sino que también lo es en aquellas familias en las que los padres continúan unidos. Con todo ello, es posible afirmar que, independientemente de la estructura familiar, el conflicto de pareja elevado pone en peligro el bienestar de los hijos, tanto a corto como a largo plazo. En cierta manera, este dato hace frente a los estereotipos negativos acerca de las familias divorciadas, que hoy día, a pesar del incremento en el número de familias monoparentales, aún siguen persistiendo.

En segundo lugar, hemos visto que existen diferentes métodos alternativos de resolución de conflictos destinados a este tipo de familias. Además de aquellos en las que dicha resolución se alcanza por la decisión de un tercero –empleados en las situaciones más extremas–, podemos encontrar algunos esencialmente terapéuticos y en los que, además, se busca el consenso y negociación entre los padres. Estos métodos son la Mediación Centrada en el Impasse (Campbell y Johnston, 1986) y la Terapia Familiar Integradora (Lebow y Rekart, 2006), además de los meramente psicoeducativos, ofertados frecuentemente en los tribunales. Aunque los procedimientos que muestran son distintos entre sí, todos ellos ven como fundamental para producir un cambio el que los padres conozcan el daño que sus disputas provocan a sus hijos, así como que comprendan cuáles son sus necesidades evolutivas. Además, consideran que entre ellos ha de establecerse una relación coparental en la que exista un mínimo de cooperación y coordinación. Vemos, pues, como todos estos aspectos se encuentran fundamentados en las distintas formas en las que el conflicto afecta al bienestar de los hijos, expuestas en este trabajo.

En definitiva, podemos comprobar cómo se han alcanzado los objetivos planteados inicialmente en este trabajo: por un lado, se ha encontrado y justificado el papel determinante que juega el conflicto elevado en el divorcio –así como también en aquellas familias que permanecen unidas–; y por otro lado, se ha visto que todas las intervenciones encaminadas a reducir dicho conflicto tratan de hacer entender a los padres cómo los hijos experimentan sus disputas, fomentando siempre entre estos la creación de una alianza parental –esto es, coordinación y comunicación, pero también

respeto de límites “por el bien de sus hijos”–, así como el intento por parte de estos de fortalecer las relaciones con sus hijos, que como hemos visto, predicen en gran medida el grado de ajuste psicológico de estos últimos.

Si bien esta revisión aborda una temática que ha sido objeto de estudio durante muchas décadas y por muy diversos autores –lo que en cierta manera limita su originalidad–, representa una organización y síntesis de todo el material publicado a lo largo del tiempo, desde aquellos años en los que se realizaron las primeras investigaciones en el ámbito hasta la actualidad. Esto puede llevar a adquirir a los profesionales del área judicial y de salud mental una mejor perspectiva y conocimiento sobre lo que supone un divorcio altamente conflictivo, ayudándoles a identificar el tipo de familias tan complejas en las que hemos puesto nuestro punto de mira; comprendiendo cuáles son los mecanismos mediante los cuales sus disputas influyen en los niveles de bienestar de los hijos; y conociendo el tipo de intervenciones que existen actualmente para tratar de eliminar estas situaciones, así como cuáles son los presupuestos básicos de los que parten, esenciales de cara al diseño de otros programas futuros. Ello resulta de vital importancia para los profesionales de nuestro país pues, aunque las publicaciones al respecto abundan a nivel internacional, son escasas en España.

Finalmente, esta revisión pone en relieve la extrema situación de riesgo en la que se encuentran los hijos cuyos padres –separados o no–, mantienen un conflicto crónico; destacando la condición de víctimas que sufren, condición a la que actualmente se le está concediendo una mayor importancia.

Aunque la delimitación de las implicaciones de un elevado conflicto en el divorcio es un terreno hoy día bastante estudiado, no podemos decir lo mismo de las intervenciones que existen de cara a reducirlo y a preservar el bienestar de los hijos. Se han diseñado varios programas terapéuticos destinados a estas familias en concreto, pero pocos o ninguno de ellos ha sido validado empíricamente de forma rigurosa. Y si no se demuestra que éstos presentan un impacto positivo sobre el bienestar de los hijos, entonces nunca se considerará necesaria su implementación, como tampoco se verá como básica y fundamental una intervención de carácter más preventivo. Resulta esencial, por tanto, que se lleven a cabo adecuadas evaluaciones metodológicas de los

programas diseñados para estas familias, y ello puede configurar una tarea pendiente para el futuro.

Especialmente en España, es fundamental que se fomente el diseño de programas terapéuticos alternativos al contexto contencioso característico de los tribunales; y no sólo a nivel de tratamiento, sino también a nivel preventivo, siempre partiendo del conocimiento acerca de las formas en que el conflicto afecta a los hijos.

## 5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahrons, C. R. (2006). Family ties after divorce: long-term implications for children. *Family Process*, 46 (1), 53-65.
- Adams, M. & Coltrane, S. (2006). Framing divorce reform: media, morality and the politics of family. *Family Process*, 46 (1), 17-34.
- Amato, P. R., & Keith, B. (1991). Parental divorce and the well-being of children: A meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 110, 26-46.
- Amato, P. R. (1993). Children's adjustment to divorce: theories, hypotheses, and empirical support. *Journal of Marriage and the Family*, 55, 23-38.
- Amato, P. R., Loomis, L. S. & Booth, A. (1995). Parental divorce, marital conflict, and offspring well-being during early adulthood. *Social Forces*, 73 (3), 895-915.
- Amato, P. R. (2000). The consequences of divorce for adults and children. *Journal of Marriage and the Family*, 62, 1269-1287.
- Amato, P. R. & Cheadle, J. (2005). The long reach of divorce: divorce and child well-being across three generations. *Journal of Marriage and Family*, 67, 191-206.
- Amato, P. R. & Afifi, T. D. (2006). Feeling caught between parents: adult children's relation with parents and subjective well-being. *Journal of Marriage and Family*, 68, 225-235.
- Bernet, W., von Boch-Galhau, W., Baker, A. J. & Morrison, S. L. (2010). Parental Alienation, DSM-V, and ICD-11. *The American Journal of Family Therapy*, 38 (2), 76-187.
- Booth, A. & Amato, P. R. (2001). Parental predivorce relations and offspring postdivorce well-being. *Journal of Marriage and the Family*, 63, 197-212.
- Buchanan, C. M., Maccoby, E. E. & Dornbusch, S. M. (1991). Caught between parents: adolescents' experience in divorced homes. *Child Development*, 62 (5), 1008-10029.
- Campbell, L. E. G. & Johnston, J. R. (1986). Impasse-directed mediation with high conflict families in custody disputes. *Behavioral Sciences & the Law*, 4 (2), 217-241.
- Cantón, J. y Justicia, M. D. (2007). Programas para prevenir los problemas de adaptación de los hijos de divorciados. En Cantón, J., Cortés, M. R. y Justicia, M. D. (Ed.), *Conflictos entre los padres, divorcio y desarrollo de los hijos* (pp. 243-276).
- Dalton, C., Carbon, S. B. & Olesen, N. (2003). High conflict divorce, violence and abuse: implications for custody and visitations decisions. *Juvenile and Family Court Journal*, 54 (4), 11-33.



- De la Torre, J. (2005). Las relaciones entre padres e hijos después de las separaciones conflictivas. *Apuntes de Psicología*, 23 (1), 101-112.
- Ellis, E. M. (2000). Impact of parental conflict on children's adjustment following divorce. En E. M. Ellis (Ed.), *Divorce Wars: Interventions with families in conflict* (pp. 37-59). Washington: American Psychological Association.
- Ellis, E. M. (2000). Parental alienation syndrome: A new challenge for family courts. En E. M. Ellis (Ed.), *Divorce Wars: Interventions with families in conflict* (pp. 205-233). Washington: American Psychological Association.
- Fabricius, W. V. & Luecken, L. J. (2007). Postdivorce living arrangements, parent conflict, and long-term physical health correlates for children of divorce. *Journal of Family Psychology*, 21 (2), 195-205.
- Friedman, M. (2004). The so-called high-conflict couple: a closer look. *The American Journal of Family Therapy*, 32, 101-117.
- Gagné, M.-H., Drapeau, S., Melançon, C., Saint-Jacques, M.-C. & Lépine, R. (2007). Links between parental psychological violence, other family disturbances, and children's adjustment. *Family Process*, 46 (4), 523-542.
- Gottman, J. M. (1999). Repair and the core triad of balance. En J. M. Gottman (Ed.), *The Marriage Clinic: A Scientifically Based Marital Therapy* (pp. 31-86). New York: W. W. Norton & Company.
- Grych, J. H. (2005). Interparental conflict as a risk factor for child adjustment: implications for the development of prevention programs. *Family Court Review*, 43 (1), 97-108.
- Henry, W. J., Fieldstone, L., Thompson, M. & Treharne, K. (2011). Parenting coordination as an antidote for high-conflict divorce and court relitigation. *Journal of Divorce & Remarriage*, 52 (7), 455-471.
- Instituto Nacional de Estadística (2011). *Estadística de familia y relaciones sociales*. Recuperado de: <http://www.ine.es/daco/daco42/sociales11/sociales.htm>
- Johnston, J. R. (1994). High-conflict divorce. *The Future of Children*, 4 (1), 165-182.
- Kelly, J. B. (2002). Psychological and legal interventions for parents and children in custody and access disputes: Current research and practice. *Virginia Journal of Social Policy and the Law*, 10 (1), 129-163.
- Kelly, J. B. (2006). Children's living arrangements following separation and divorce: insights from empirical and clinical research. *Family Process*, 46 (1), 35-52.
- Krishnakumar, A. & Buehler, C. (2000). Interparental conflict and parenting behaviours: a meta-analytic review. *Family Relations*, 40, 25-44.

- Lebow, J. & Rekart, K. N. (2006). Integrative family therapy for high-conflict divorce with disputes over child custody and visitation. *Family Process*, 46 (1), 79-91.
- Marin, M. A. (2010). Divorcio conflictivo y consecuencias en los hijos: implicaciones para las recomendaciones de guardia y custodia. *Papeles del Psicólogo*, 31 (2), 183-190.
- Morte, E. y Lila, M. (2007). La alternativa al conflicto: Punto de Encuentro Familiar. *Intervención Psicosocial*, 16 (3), 289-302.
- Neff, R. & Cooper, K. (2004). Parental conflict resolution: six-, twelve-, and fifteen-month follow-ups of a high conflict program. *Family Court Review*, 42 (1), 99-114.
- Trinder, L., Kellet, J. & Swift, L. (2008). The relationship between contact and child adjustment in high conflict cases after divorce or separation. *Child and Adolescent Mental Health*, 13 (4), 181-187.
- Yárnoz, S. (2006). ¿Seguimos descuidando a los padres? El papel del padre en la dinámica familiar y su influencia en el bienestar psíquico de sus componentes. *Anales de Psicología*, 22 (2), 175-185.